Revista N.º 10
Guayaquil, Ecuador
II Semestre 2024
ISSN: 2697-3596

Contrapunteos

Ambientalismo, ecología y las artes: diálogos y tensiones emergentes

Una de las problemáticas en la que nos hemos interesado en este número es la relación que tienen la producción y la investigación artística con la actual catástrofe ambiental global que recientemente se ha manifestado, por ejemplo, con los innumerables incendios que sufrió la ciudad de Quito en el mes de septiembre de 2024. Esta

materialización del desastre nos exige plantear respuestas también desde nuestro campo particular. Algunas de estas discusiones se han visto, ciertamente, reflejadas en varios artículos, entrevistas o reseñas de nuestra revista y nuestro ánimo en el presente es plantear esta conversación de un modo más contundente e inequívoco, con el ánimo de abrir unas líneas de investigación para futuras entregas de la revista.

Con este ánimo, hemos también de interesarnos en la estrecha —aunque problemática— relación que podrían tener las artes con diversas formas de resistencia y militancia en defensa del planeta. ¿Qué pueden aprender estas organizaciones de las diversas prácticas artísticas y cómo las prácticas artísticas deben acercarse a estas movilizaciones? ¿Es posible que ciertas definiciones del trabajo artístico sean, justamente, el problema? ¿Cómo son en general las representaciones del desastre ecológico global?

Para este número hemos invitado a Antonella Calle, comunicadora social y activista, que ha sido vocera del colectivo Yasunidos. Su trabajo incluye la participación en colectivos como Acción Ecológica y Pacto Ecosocial Sur. Antonella también tiene un máster en Comunicación por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Antonella tiene varias publicaciones sobre ambientalismo, especismo y teoría de género publicados en diversas revisas académicas.

Alejandra Zambrano es la directora de la Escuela de Literatura de la Universidad de las Artes. Es también la fundadora de La Poderosa Media Project, con la cual ha desarrollado numerosos proyectos artísticos comunitarios en América Latina, que incluyen la producción de varios cortos documentales y otros trabajos cinematográficos. Recientemente, Alejandra coordinó el volumen *Soñar y vivir la selva: poesía desde el Yasuní* que también tuvo una muestra artística que se montó en la Universidad de las Artes y en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). Alejandra tiene un doctorado en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Austin.

Luis Felipe Lomelí es escritor y catedrático mexicano, ganador de múltiples premios literarios. Ha publicado, entre otros muchos títulos, la novela *Indio borrado* y las colecciones de cuentos *Ella sigue de viaje* (2005) y *Okigbo vs. las transnacionales y otras historias de protesta* (2015).

Luis Felipe también cuenta con una licenciatura en Física y un doctorado en Ciencias y Culturas en cuya tesis investigó sobre las correlaciones entre la ecología contemporánea y los movimientos ecologistas en España, México y Colombia. Actualmente Luis Felipe enseña en la Universidad de Florida.

Con ello, la primera pregunta que les hice es bastante sencilla. ¿Qué valor tienen las artes, y más que las artes la creatividad, en la organización de colectivos en defensa del medio ambiente? ¿Qué rol cumplen en la concientización del problema? En un segundo orden de ideas les estaría preguntando ¿cuáles son las posibilidades reales de la actividad artística de intervenir en los debates sobre la crisis ambiental global? ¿Es posible que las artes vayan más allá de la «concientización»?[1]

***

Antonella

Yo he estado bastantes años en esto y me pareció interesante la pregunta, porque para nosotros el tema del arte en la defensa, sobre todo del Yasuní, diría que ha sido fundamental. O sea, creo que no hubiese podido tener la potencia que tuvo la consulta popular y la recolección de firmas hace once años, después en la campaña que hicimos hace un año, si no hubiese sido entretejida desde diferentes expresiones artísticas. Sin embargo, no es algo que yo lo he pensado mucho. He pensado un poco, primero concientizando lo importante y lo fundamental que ha sido la campaña, porque siento que las formas y las expresiones artísticas

1 Nota del editor: esta conversación ocurrió no sin las interrupciones a las que nos vemos sometidos en un momento en el que la crisis climática se expresa en el Ecuador a manera de recortes en el sistema eléctrico. La conversación fue, por ello, discontinua, fragmentaria, por momentos nos desencontramos, producto de las interrupciones, pero también pudimos compartir un espacio de reflexión intensa y comprometida. Por ello, hemos decidido ofrecer a nuestros lectores una imagen más o menos fiel de la conversación que tuvimos con nuestros invitados vía Zoom. Hemos decidido intervenir lo menos posible en este texto, aunque sí hemos movido algunas piezas del rompecabezas para darle mayor continuidad a ciertas temáticas.

que hemos tejido para las diferentes campañas que hemos hecho por la defensa del Yasuní, durante los diez años hasta anteriores a la consulta, fueron las que nos permitieron llegar a otras sensibilidades de las personas, algo a lo que no hubiésemos podido llegar si no tejíamos desde ahí, si no tejíamos con artistas; con nosotras muchas veces igual, haciendo música, haciendo consignas que van desde trabajar con las letras y otras expresiones.

Creo que esto ha sido fundamental también porque desde el anterior año, yo diría desde 2023, la sociedad ecuatoriana ya está viviendo los impactos de la crisis climática en carne propia, ya la gente está mucho más consciente, pero, sobre todo, lo estás viviendo día a día. Hace once años, cuando empezamos con la campaña del Yasuní, no pasaba eso, entonces era muy difícil que la gente se pueda conectar con la causa del Yasuní, un lugar además tan lejano de las grandes ciudades. Creo que el arte fue uno de esos puentes súper importantes entre la Amazonía, entre la selva, entre Yasuní y las grandes ciudades.

Yo recuerdo una actividad que hicimos afuera de la Asamblea Nacional, en colaboración con compañeros artistas y compañeras artistas, donde nos echamos pintura negra en todo el cuerpo, simbolizando el tema del petróleo. Entonces así la gente podía preguntarse qué es eso. Aquí la gente no sabe ni bien cómo es el petróleo, por eso era útil bañarnos de petróleo y decir, bueno, esto es del petróleo para ir generando consciencia. A partir de allí empezamos a trabajar con carteles y consignas. Yo creo que para eso los y las artistas han sido muy importantes: para crear esos puentes.

También identifico algo superclave en esto: crear estas sensibilidades. También sí creo que es importante pensarse a uno mismo, el arte que ha logrado crear puentes entre la gente en general que no vive día a día el tema de la crisis climática o que no está muy sensibilizada sobre algunos espacios que están en peligro por temas mineros o petroleros. El arte que aparece aquí ha sido uno que no es elitista, que no se queda en las galerías, en los teatros, sino que sale a las calles y se toma a las calles. Porque finalmente, y no estoy desmereciendo el arte que está en los teatros ni que está en las galerías, para nada, pero

sí siento que finalmente esta es una forma de arte igual de importante y fundamental; son espacios donde solo llega un mismo círculo de personas que están tal vez en las universidades, o que tienen alguna sensibilidad y que de alguna forma ya pueden tener alguna información o estar concientizados en estos temas. Entonces, en estos espacios, se habla entre los mismos de siempre. En cambio, cuando se piensan en expresiones artísticas por fuera de estos espacios tradicionales creo que se logra hacer algo más, se logra conectar con otra gente de las clases populares, de las clases medias, que no necesariamente habitan estos espacios más elitistas.

Alejandra

Yo quisiera conectar justamente con lo que dice Antonella, sobre el arte no elitista y también sobre estas expresiones artísticas que suceden fuera de los espacios tradicionales, porque, bueno, como tal vez leyeron ahí en mi biografía, yo trabajo mucho desde el arte, en la literatura, sobre todo, con infancias y con jóvenes, desde hace algún tiempo. Y la literatura infantil y juvenil es justamente una literatura considerada menor, menos importante y que también está por fuera de estos circuitos más tradicionales de la literatura.

El libro *Soñar y vivir la selva, poesía del Yasuní* es uno que sacamos en 2023 aquí en UArtes Ediciones. El libro recopila varios textos e ilustraciones de escritores, escritoras, ilustradores, ilustradoras, que tienen una mirada particular sobre el Yasuní. Algunos de ellos nunca han ido allí, nunca lo han visitado, por eso el título de *Soñar y vivir la selva.* Hay quienes han trabajado ahí, quienes han vivido, que han hecho investigación o activismo por la defensa del Yasuní, pero este libro también permite, de alguna manera, soñar o imaginar este espacio, ir conociéndolo, ir conociendo la lucha, por ejemplo, que realizan colectivos como el que presenta Antonella, por ejemplo, pero desde otra mirada.

Si bien nosotros lo pensamos en un principio como un libro para infancias, es interesante que hace unos meses haya ganado una mención en un premio importante a nivel iberoamericano, y en ese premio lo

hayan catalogado como poesía para jóvenes, no para tan pequeños. Creo que esto lo he mencionado en algunos otros espacios, por ejemplo, mi madre cuando leyó este libro —y lo leyó completo— dijo que cómo esto va a ser un libro para infancia si hay mucha muerte y mucha destrucción. Bueno, es que eso es lo que está pasando un poquito en el Yasuní y en muchos de estos espacios que están siendo destruidos por la minería y el extractivismo, etc.

Pese a ello, yo sí creo que este es un libro que se puede trabajar con toda la familia, desde los niños hasta los abuelitos, porque lo que hace es acercarte a ese Yasuní desde lo sensible, desde la palabra, desde la potencia de la imagen, y no necesariamente desde un mensaje más como una moraleja, o un mensaje donde les dicen a los niños exactamente qué es lo que tienen que hacer.

Esto nos lleva a otro tema, porque yo también hago mucha investigación sobre literatura infantil y juvenil y en algún momento me puse a revisar todas las obras nacionales que de una u otra manera tocan el tema ambiental. Y lo que yo veo en la mayoría de esas obras es que siempre los niños terminan con una moraleja, diciendo a los niños o a las niñas qué es lo que tienen que hacer y cómo tienen que defender la naturaleza o, por ejemplo, reciclar. Muchas veces estos mensajes aparecen como sueños que se les aparecen a los niños en forma de animales. Los animales de repente cobran vida y empiezan a hablarles o aparece algún ser fantástico, entonces los niños se dan cuenta de que están haciendo mal al botar basura, usar plástico, etcétera. Justo el año pasado estuve en un congreso y escuché algunas investigaciones que se han hecho desde el punto de vista de la recepción, donde dicen que estos libros no tienen mayor impacto. Un libro que le dice a los niños qué es lo que tienen que hacer para cuidar la naturaleza, tiene casi cero impacto si lo relacionamos con otros libros.

Se han hecho, sobre todo en Europa, muchos estudios de esta naturaleza para saber si sirve esta literatura o no, para cambiar la concepción que tienen los niños sobre ecología, las especies en peligro de extinción, etc. Pero no, los niños lo toman como un libro de ficción, como cualquier otro. Pueden estar leyendo Harry Potter o pueden estar

leyendo un libro en defensa del Yasuní. Tomando en cuenta eso, la apuesta por este libro era que no fuera moralizante, que no estuviesen diciendo qué es lo correcto.

Pero, tal vez conectando con lo que dijo Antonella de ese *performance*, de cuando se pintaron con pintura negra para representar el petróleo, yo podría hablar de una ilustración que tenemos aquí y es de Cristina Yépez Cardemilla. Justamente el tema que ella trabajó es el del petróleo, la representación del petróleo, los colores, en esta mujer, los animales. Y sin decir mucho, sin explicarles a los niños de qué va esto, cuando hacemos mediación y hacemos un análisis de las imágenes, de a poco, los mismos niños van llegando a lo que queríamos en un principio tratar de transmitir.

Entonces tenemos unas imágenes superpotentes, por ejemplo, el trabajo de Gerald Espinoza. A él le tocó el tema de las especies en peligro de extinción. De modo que, cuando te pones a trabajar esto con las infancias, los niños, niñas, jóvenes, son muy observadores y van descifrando las diferentes ilustraciones y se dan cuenta de que estos animales, en esta ilustración en particular, están pintados, son los niños que pintan un mural, esto va acompañado de un poema de María Auxiliadora Balladares sobre el animal que ya no existe. Entonces, es como ir trabajando y utilizando herramientas efectivas de mediación lectora para llegar a tocar estos temas, en este caso sería la defensa del Yasuní.

Cuando hablamos de temas como el Yasuní, hay personas, colectivos, que trabajan en diferentes espacios. Tal vez nosotros no estamos en las calles, en el activismo, en temas de legislación, o en la misma Amazonía, en la selva, pero lo que estamos haciendo es ofrecer de alguna manera otro tipo de libros que son muy escasos en países como el nuestro, pese a que tenemos este tema presente y nos atraviesa la historia, nos atraviesa el cuerpo, y dar otras formas de trabajarlo a través de arte en un libro que, además, es bonito. Eso también es importante, es un libro que además es hecho en papel ecológico, sobre todo que hemos tratado de hacerlo llegar, para que tengan este libro, para que se les pueda trabajar en estos programas de mediación.

Luis Felipe

Me parece un tema fascinante el que se expone en la mesa. Creo que obviamente no vamos a llegar a nada, porque además es muy complicado tratar de tener una respuesta certera o un tipo de solución como las prendas de vestir tipo *one size fits all*, es complicadísimo. Creo que yo soy el más viejo aquí, entonces creo que por eso mismo soy el más cínico, pero trato de ser optimista. Entonces quisiera empezar diciendo que una de las cosas que les pasa a los movimientos ambientalistas en general, ya sean los artistas que se meten en cuestiones de medio ambiente, o escritores, o activistas en general, es que pasa lo mismo que con otros movimientos de tercera generación o tercera vía y es que estamos como redescubriendo el hilo negro a cada rato. Luego, cuando uno se pone a investigar o a estudiar, resulta que ya hay un montón de cosas hechas atrás, pero que por alguna extraña razón no dejaron una huella o no nos parecieron importantes.

México, por ejemplo, tuvo uno de los proyectos ambientalistas infantiles más exitosos de la televisión, *Odisea Burbujas*, y todos los mexicanos crecieron con esto que no sé si se llegó a pasar en Ecuador. En España estaba Rodríguez de la Fuente con *Fauna* y otros programas o Jacques Cousteau en Francia. Sin embargo, en mi generación, crecimos viendo *Odisea Burbujas*, que además lo pasaban en Televisa, que no es una televisora necesariamente ambientalista, a pesar de eso con el sentimiento de que no se había hecho nada y que estaba todo por hacerse. Y este es solo un ejemplo, igual podríamos hablar de las legislaciones en materia forestal o reservas naturales, etcétera. Por poner otro ejemplo, y ya que Alejandra hablaba de los libros infantiles, habría que decir que desde los noventa ha habido en México un *boom* de libros para niños, tanto libro álbum como el más tradicional, que tienen que ver con cuestiones ambientales. La primera generación de libros, como mencionaba Alejandra, eran aquellos libros con moraleja, y como todo libro con moraleja, terminaba siendo odiado por los niños. No importa que sea un cuento de hadas o un libro ambiental, si es un libro con moraleja. Ahora vemos esta nueva generación de libros donde el lector es el que debe llegar a la conclusión por sí mismo, y esos me gustan más.

Estos serían un par de ejemplos que vienen de la cultura pop, con Televisa, y de los libros, pero también hubo otro movimiento en

México que entraría en la línea de lo que Nicole Seymour llama *Bad Environmentalism* o ambientalismo malo y que son todas expresiones irónicas que tienen un trasfondo ambiental. En los noventa, por ejemplo, en mi ciudad, en Guadalajara, apareció un grupo llamado El Personal, cuya canción que les hizo más famosos se llamaba *Nosotros somos los marranos* y era superfeliz. Obviamente no es el único, también estaban estos italianos con una canción que todos cantamos en Latinoamérica, la de «vamos a la playa, uo, uo, uo», que significa «vamos a la playa a bailar porque ya cayeron las bombas atómicas», nomás que esa parte se nos olvidó.

Yo creo que todas estas expresiones y muchas otras más ayudan, como decía Antonella, aunque todavía no llegamos a saber cómo articular eso, para hacer un cambio de conciencia, si es que va a haber un cambio de conciencia, que tampoco es algo de lo que estoy muy seguro que pueda ocurrir. O un cambio como yo, Luis Felipe, quisiera que exista ese cambio. Sí ha habido cambios y eso me parece un avance. Por ejemplo, en contraposición a lo que dicen estos libros europeos que menciona Alejandra, en México, en mi infancia, uno de los deportes favoritos de todo niño era matar alimañas, o sea, veías una lagartija y el chiste era cazarla, veían un pajarito y había que matar un pajarito, etcétera. Y eso ya no sucede. Entonces sí hay un cambio de mentalidad que tiene que ver con todos estos productos culturales que pueden ser artísticos o no, aunque esa ya es otra discusión: han modificado la manera de relacionarnos en la sociedad.

Entonces, sí, creo que ha habido ciertos cambios donde, por supuesto, la cuestión principal es este aspiracionismo que tenemos: consumir de forma descarriada todo lo que podamos consumir y desechar todo el tiempo. Y obviamente hay una tensión entre el consumo y la conservación, que es el problema que analiza Caroline Merchant. Es decir, mientras la idea del éxito, el de ser una persona empoderada, libre, etcétera no esté atado a la expresión del consumo y la presunción del consumo, que eso en otros lugares se da menos, en Europa, por ejemplo, son menos presumidos que en Latinoamérica. En Latinoamérica nos encanta presumir que tenemos cosas. Los ricos son súper *flashy* y de alguna manera todo mundo busca ser muy presumido. El ejemplo típico

en esta presunción es el reguetón y otros géneros musicales en donde se busca presumir que se tiene dinero. Evidentemente este tener está totalmente en contra de cualquier cuestión ambiental.

***

Antonella

Ahorita que escuchaba a Alejandra, recordaba que nosotros hace un año, un poco más, hicimos la consulta popular por el Yasuní. Lo que hicimos fue invitar a varios artistas, a diseñadores que dibujan, que ilustran, y les dijimos: «Dibujen ustedes lo que quieran, y lo que ustedes quieran, como ustedes vean», pero no les dijimos cómo debían hacerlo ni les dijimos una consigna, una frase, nada. Luego, lo que hicimos fue imprimir afiches de campaña por decenas o cientos y cada uno de nosotros fuimos a pegar ese trabajo en todas las calles. Fue lindo porque eso que normalmente hubiese estado, tal vez, en una exposición, en una galería, salió a las calles y la calle se convirtió en eso.

Creo que ese fue un ejercicio superimportante, de cómo se teje entre la defensa de la naturaleza y el arte. También creo que todas las expresiones artísticas sirven, incluso las que son, tal vez, más, digamos, menos profundas. Me refiero a lo técnico, porque yo también soy comunicadora social y también estoy pensando mucho en los públicos a los que queremos llegar, cuando necesitamos, digamos, plantearnos una campaña para la defensa de un río. En ese sentido, a veces hay expresiones artísticas que pueden ser más digeribles, más fáciles, y creo que son muy necesarias. Pero también hay, digamos, expresiones artísticas diferentes. Por ejemplo, hay una chica acá en Quito, que ustedes deben conocer, que se llama Sozapato, que dibuja increíble. Siento que lo que ella dibuja está muy lindo, pero además se mete también a investigar y no se queda en frases como «la vida vale más que el oro», que son totalmente válidas y necesarias, pero, en cambio, sí valoro que haya artistas que se metan más a investigar y conectar eso con sus trabajos. Creo que eso también es necesario, porque desde ahí también se va haciendo una pedagogía, de los temas científicos o desde los datos, que también es muy necesario para no quedarnos en superficialidades.

Alejandra

Yo creo que los libros en sí mismos no generan nada. O sea, yo le doy este libro a un niño, un joven, a un adulto, lo va a revisar, va a decir «qué lindo», me quedo con esta ilustración, y seguramente la va a guardar. Entonces, ya quisiera yo que después de una lectura el libro fuera tan potente —hablando de este en particular, puede ser cualquier otro libro— para generar ese cambio en la conciencia o ese conocimiento del que estás hablando, esa sensibilidad, la potenciación de los afectos, pero no creo. La clave, sigo creyendo, está en la mediación y para eso tenemos que entender también el rol de quien hace mediación lectora.

Aquí en la universidad hemos trabajado este libro también con estudiantes de la carrera de Literatura, quienes poco a poco se están interesando más en la mediación. Entonces tenemos todo ese corpus, que aquí en Ecuador no es tan variado y tan bello como México, por ejemplo, y poco a poco van surgiendo más libros interesantes. Ahora que Luis Felipe habló del caso mexicano, nosotros tuvimos hace dos años, aquí en la Universidad de las Artes, la visita de Adolfo Córdoba, que es un gran escritor y crítico de literatura infantil. Adolfo trabajó junto con un colectivo o con una comunidad en un libro que se llama *Hacemos nuestro río*, que viene en una cajita de cartón. Ese libro se trabajó en una localidad de Veracruz con la comunidad. El libro tiene que ver con la vida a las orillas del río Papaloapan.

En este libro hay fotografías realizadas por fotógrafos profesionales, por los niños, hay un *flipbook*, un mapa que se convierte en papalote, en cometa. Muchos elementos en esta cajita, y que se han presentado en varios lugares, en exposiciones interactivas y demás. Y claro, yo creo que este es un proyecto que nace de la formulación de algunas preguntas sobre cómo podemos cuidar y proteger los espacios independientes de un río en particular, pero que también tiene sus derivas y que ha ido creciendo, y que se va multiplicando, y que también se lo utiliza como un ejemplo para realizar otro tipo de trabajos de cocreación con las comunidades.

Entonces yo creo que es importante el trabajo con las comunidades, comunidades ampliadas, ya sea dentro de una universidad, o un poblado, o un barrio. Creo en la mediación, creo en estos momentos de

aprendizaje colaborativo, de cocreación, porque así es como, un poco conectando con lo que dijo Antonella, yo también creo que el arte es más político de lo que creemos, y creo que ahí está ese poder.

En el caso del trabajo con infancias, también siento esa responsabilidad enorme sobre quién está acercándole este objeto a niños. Sobre todo, siempre queremos hablar de destrucción, del caos, de política. Y ahí hay un género en la literatura infantil que es el libro informativo que, sobre todo, ha trabajado en términos de divulgación científica.

Soñar y vivir la selva: poesía desde el Yasuní es una colaboración con colegas de una estación científica en la Amazonía ecuatorial que, en algún momento, escuché decir que producen un montón de artículos académicos sobre todas estas especies de peligro de extinción y todas las cosas que miden en el Yasuní, sin embargo, estos *papers,* sabemos, quedan en un círculo muy reducido. Solo la gente que entiende del asunto puede tener acceso. La pregunta es cómo hacemos la traducción de ese conocimiento generado en estas investigaciones y cómo las llevamos a otro público en otro formato.

Luis Felipe

Voy a retomar algo que dijo Antonella. Ella plantea que la pregunta correcta no es qué deberían hacer los artistas, sino qué debemos hacer nosotros como sociedad junto a los artistas. Y estoy totalmente de acuerdo con ella, porque los artistas pueden hacer lo que les da la gana y cada uno va a hacer lo que pueda o lo que quiera, de acuerdo con sus propias posibilidades, su propia vida, etcétera. Más bien tendríamos que preguntarnos por la cuestión comunitaria, como en el ejemplo que daba Alejandra del libro sobre el río Papaloapan. De allí que estoy de acuerdo con la mediación, incluso si solo fuera por la disponibilidad de los productos culturales. Aparte del libro al que se refería Alejandra hubo este proyecto realizado por el Instituto Californiano de Cultura.

Baja California Sur es uno de los estados más olvidados del país, nadie sabe que existe. Cuando dan el clima en la televisión la cabeza de la persona que da el clima tapa el estado y nadie se da cuenta, porque nadie vive ahí, vive muy poca gente. Lo que hicieron allí fue involucrar a la

comunidad para que escribiera las historias de las microcomunidades, ayudarles con el trabajo de edición. Hay desde la historia de un pescador, que es brutal, porque habla de cómo fue partícipe de la devastación de las comunidades de tiburón en el golfo de California, simplemente porque quería tener una vida mejor que jamás alcanzó a tener. La historia la escribe el pescador. Y así hay varias historias. Lo que después hizo el instituto fue recorrer todo el estado, que es inmenso, es como del tamaño de Panamá con varios pueblitos miniatura, para dejar los libros a disposición de la comunidad y que desde allí se pudiera entablar un diálogo con las propias historias que allí surgieron.

Eso me parece fantástico y fundamental, sin embargo, está la problemática de cómo se puede hacer esto bien en comunidades pequeñas y apartadas como Baja California Sur, pero ya en las metrópolis, donde tenemos este ardid por sentirnos parte de la globalización, se complica. Cuando vivimos en un lugar como Guayaquil o Guadalajara o Buenos Aires, ya nos importa menos lo local y estamos como más distanciados de lo local y ahí hay todo un problema que se puede abordar.

Respecto a si las artes generan conocimiento, yo creo que sí, que las artes generan conocimiento, aunque no sabemos cuál es. Es decir, no existe, o por lo menos yo no conozco, ningún tipo de metodología o teoría que hable de cómo se genera conocimiento en las artes. Sí existen teorías sobre cómo generar conocimiento, por ejemplo, conocimiento afectivo, a través del archivo, de la literatura, de la historia oral, de la cocina, etcétera, pero con las artes hay esta suerte de rompimiento —o hay una ignorancia tremenda de mi parte—, porque si con el libro la dificultad es la disponibilidad del material que no está al alcance del lector —y no sabemos lo que va a pasar con el lector, que ya no está al alcance del autor, ni del editor, ni del distribuidor, ni nada, sino que ya depende del lector—, con las artes el problema es que están en un lugar muy apartado llamado el museo y al museo normalmente no se va, porque tiene todas estas cuestiones elitistas, tiene este discurso que aleja a la gente de los museos, aunque sean gratuitos. Hay todo un revestimiento de que debes de entender la obra y si no lo haces eres ignorante, eres inculto o eres de clase baja y ese tipo de cosas. Esto es algo que se debería de romper, aunque no tengo idea de cómo.

Volviendo a la pregunta de cómo generar conocimiento, se me ocurre que genera conocimiento por algún lazo afectivo, por alguna cuestión casi metafísica en la que el oyente o la audiencia o el visor siente algo, le pasa algo, y no sabemos exactamente qué es, salvo estas teorías metafísicas decimonónicas, tipo *La fenomenología del espíritu*, y allí hay un cambio sustancial que es maravilloso porque es impredecible. Es decir, la obra de arte que le parece genial y trascendental a una persona es totalmente irrelevante para otra; pero, además de ser impredecible, es permanente. Todos recordamos esa obra de arte —y digo obra de arte en general, puede ser un grafiti— que nos cambió la vida. Y muchas veces terminamos en una facultad de artes, escribiendo libros o dando clases por esa obra de arte que nos cambió la vida, que nos cambió la forma de ver la vida y no sabemos cómo. Es decir, no es ni una transmisión ni una generación de conocimiento que sea racional y, en este sentido, hablo de lo racional como lo critica Paul Feyerabend, que dice que lo racional es solo una forma de pensar muy poderosa, pero también muy limitada.

En la generación de conocimiento creo que también ocurre otra cosa que es maravillosa entre los artistas —y allí incluyo a los escritores y a los músicos— y es que en las obras de arte —que luego resultan más significativas para el propio artista—el artista no está completamente consciente de qué fue lo que expresó. No sé si me explico, pero se trata de una obra de arte que supera al artista mismo como persona y su circunstancia y va mucho más allá. Entonces, quién sabe cómo se genera ese conocimiento porque el artista tampoco es consciente de cómo se generó.

Lo último que me preguntaría es cómo el arte, aunque me gustaría problematizar esta cuestión, puede hacer este trabajo. Una de las aproximaciones que se ha hecho para decir cómo el arte genera conocimiento, conciencia, acción es este asunto del *shock*, del arte como *shock*. Pienso en esta exposición superfamosa, comentada por Luis Camnitzer en *On Art, Artists, Latin America, and Other Utopias*, llamada *Tucumán arde*; se crea a partir de este *shock*, de la intervención, de encontrar una manera de mostrar esto allí e impactar a la audiencia. Sin embargo, y esta es la parte problemática, pese a que el arte sí logra crear conciencia a partir de estas propuestas, también estamos en una

sociedad *pos-shock* donde hay demasiados *shocks*, entonces ya no sé si una obra de arte que busque provocar esto en la audiencia realmente cumple su objetivo. Pensando en estas manifestaciones, donde van los muchachos y le echan salsa de tomate a la obra de arte, ya no estoy seguro de si esto genera el *shock* que generaba en los años setenta.

***

Antonella

Creo que el arte es profundamente político, aunque hay personas que creen en el arte para el arte, para mí es totalmente político, incluso si los que se dicen que son apolíticos son los propios artistas. Creo que desde ahí ya hay como una construcción, por una parte. Por otra, creo que en las expresiones artísticas con las que hemos trabajado tal vez sí hay como un poco este interés de concientizar, digamos.

Pero ahí está justamente eso que decía Alejandra y que también ha mencionado Luis Felipe, de la moraleja, no creo que ese trabajo haya tomado esa postura. Creo que eso le da otro valor y otra llegada, porque no estás aleccionando a las personas, sino que estás tratando de llegar a otras fibras, a otras sensibilidades, que eso es importante. Yo también creo —y soy muy consciente— que también el medio, o los grupos, los grupos artísticos y los artistas en sí son grupos muy precarizados. Yo no soy artista, pero veo otras realidades, tampoco podemos estar exigiendo o pidiendo cómo deberían de involucrarse más o menos, o por dónde podrían ir, porque son ya un medio bastante precarizado. Pero en cambio, sí creo que es superimportante seguir exigiendo estos puentes en donde se pueda seguir dialogando, seguir construyendo diferentes formas de llegar a las sensibilidades de las personas desde ese ámbito. Sobre todo, porque tarde o temprano, seas artista o seas activista, el tema del cambio climático nos atraviesa a todes y, tarde o temprano, el incendio llega a tu casa, o te quedas sin agua, o hay cuantos meses de sequía y tal vez ya no hay tanto un alimento, entonces están como profundamente entretejidas, el arte lo hacemos los seres humanos.

A partir de ahí, no creería que resulte fácil saber qué deberían hacer los artistas, sino más bien cómo seguimos entretejiendo la defensa de la

Amazonía; sobre el ambiente luchando contra el cambio climático junto a los ellxs, desde también sus propios aportes y las propias cosas que podemos aprender de las diferentes expresiones artísticas y con las que pueden estas discusiones aportar también a los artistas.

Luis Felipe

Estoy de acuerdo con la idea de que una vez que algo se convierte en un tema se pierde totalmente la sustancia, se pierde totalmente incluso la lucha —que es una palabra que no me gusta usar demasiado— y se banaliza totalmente el tema. Eso sí pasa mucho, ya sea porque se deja de investigar la parte científica o porque no se cuestiona el locus de enunciación de quien hace esa crítica literaria o esa obra artística. Allí hay un gran tema para elaborar porque, por un lado, me parece que es necesario que exista esa crítica, esas obras, esos libros, porque el tema se sigue manteniendo en la mesa. Pero, por otro lado, sí causa desasosiego y desazón cuando hay casos, por ejemplo, como el del tren maya, este megaproyecto del expresidente de México, y la gente que más protesta vive en la ciudad más contaminante del país, es decir, en la Ciudad de México. Este desbalance de desde dónde estás hablando, si tu huella ecológicamente es inmensa, y quieres hacer que la gente que vive allá viva sin tener ni el diez por ciento de los beneficios de la contaminación que tengo yo con luz eléctrica, es muy problemático.

También cuando un tema se convierte en moda, aparecen ciertos temas puntuales, que no es solo el ambientalismo en general, sino que se escogen ciertas cositas que se convierten en moda. Por ejemplo, los derechos de los animales. En este debate entran todas las cuestiones de clase social, de raza, etcétera, y se olvida la multiplicidad de relaciones que existe entre diferentes comunidades con los otros seres vivos no humanos. Un ejemplo de esto, aunque medio absurdo, es el siguiente: aquí en Florida queremos adoptar un perro. Entonces resulta que hay ciertas asociaciones que dan perros en adopción —bueno, en verdad no te los dan, hay que pagar cientos de dólares por el perrito— con las cuales hay que comprometerse a tener visitas domiciliarias de parte de la asociación que adopta el perro. Esto suena bien en teoría, desde el punto de vista de los derechos de los animales, pero si uno se pone a pensar que

las personas que manejan estas asociaciones son usualmente de la clase alta y cómo la persona que quiere adoptar el perro puede ser una persona de clase baja o una persona racializada ya se complica bastante la cosa.

Cuando aparecen ciertos temas que se ponen de moda hay que prestar atención. Por ejemplo, Yasuní fuera de Ecuador también es un tema de moda y está en los temas de estudio de muchísimas clases de español en Estados Unidos, ni siquiera en las clases de cuestiones ambientales y de ecología, sino en las clases de cultura latinoamericana. El problema es que esto no va más allá del siguiente razonamiento: «Miren ustedes lo que está pasando en el Yasuní, ay, qué triste, punto». No hay una reflexión sobre por qué tenemos el aire acondicionado encendido si estamos a 25 grados centígrados o ese tipo de cosas. Y es allí donde la cosa sí se vuelve muy superficial y empieza a perder fuerza. La otra cuestión donde yo veo que empieza a perder fuerza es cuando empezamos a criticarlo todo. A veces como académicos o como críticos o como artistas luego se busca este bichito de «¿qué cosa no se ha dicho?, entonces vamos a decirla porque yo soy muy original». Y, entonces, si alguien tiene una idea maravillosa de decirle a la gente que si dejamos de usar popote reducimos nuestra huella ecológica, siempre hay alguien que dice que «está bien, dejemos de usarlos, pero ahí está Repsol que tiene una huella ecológica maravillosa, entonces eso que haces no sirve de nada». Entonces, esto se vuelve una situación complicada y es psicológicamente insoportable porque nos obliga a estar siempre al tanto de lo que está pasando.

Creo que se podría ir un poco más de allí o tratar de sobrepasar esta etapa y utilizar otras formas que pudieran ser más lúdicas para poder comunicar los mensajes. Es decir, no este moralismo en el que nos subimos consciente o inconscientemente todos los que dedicamos a cuestiones ambientales, sino intentar ser más amenos, porque, a fin de cuentas, es el mundo en el que vivimos y a todos nos gusta sonreír y bailar, etcétera. Por eso, me parecen que hay novelas como las de Luis Sepúlveda, como *El viejo que leía novelas de amor*, que son bellísimas y pueden ser tachadas de cursis por personas que nos sentimos más intelectuales y de tal, pero es una novela muy linda porque es esperanzadora. Y creo que falta un poco esto, falta ir dando un poco de esperanza en estas cuestiones también.

Alejandra

Luis Felipe me botó la palabra que más me gusta: esperanza. Creo que me voy a quedarme ahí. Hace un par de meses me invitaron a dar una clase virtual en un programa de español en una universidad en California, para hablar del Yasuní. A propósito de lo que dijo Luis Felipe, el Yasuní es un tema que se ha puesto muy de moda, y también es triste, pero sentí que toda la exposición que hice no sé qué tanto impacto iba a tener. No sé si la profesora realizaría otros momentos de reflexión posteriores a mi intervención. Se puede quedar como un tema de moda. Eso también lo veo mucho. Pero yo creo que la esperanza, al menos desde el trabajo que yo realizo con estos libros, con las mediaciones, con las clases, los talleres que hago, es pensar que siempre puede haber otras formas de conocer, de sensibilizarnos, de hablar de estos temas difíciles. Estamos hablando de la naturaleza, de temas ecológicos, pero bien podrían ser otros, violencia de Estado, política, en fin. Y hay otras formas en donde nos podemos encontrar, y yo le apuesto mucho a los lectores más jóvenes, porque creo que desde ahí se puede hacer otro trabajo de sensibilizar, aunque a mucha gente le parece como que estos son cosas cursis, a muchos les parece cursis, pero creo que eso también las hace más potentes.